

Sesgos de la tradición científicista en psicoanálisis

Maximiliano Azcona - Héctor Blas Lahitte

Resumen

Este trabajo analiza críticamente los principales argumentos de un sector de propuestas psicoanalíticas que han sido denominadas “tradición científicista”, basándose en dos aspectos: primero, atendiendo a la distancia que tales argumentos mantienen respecto a la propuesta original de Freud; segundo, considerando los supuestos y valores epistémicos que han guiado (explícita e implícitamente) a tales desarrollos. Posteriormente al análisis crítico, se conjeturan argumentos tendientes a trascender o reenfocar algunos problemas metodológicos de la investigación y práctica psicoanalítica, tales como la conceptualización y formalización de la acción causal, la validación de las conjeturas (metapsicológicas y clínicas) y el lugar de las formalizaciones teóricas en la práctica del psicoanálisis.

Palabras clave: psicoanálisis – científicismo – metodología – epistemología – ontología.

Abstract

This paper addresses, from a critical standpoint, the fundamental arguments of a sector of psychoanalytic theorizations and practices that have been grouped under the denomination of "scientificist tradition", around two aspects: first, considering the distance that these arguments maintain with Freud's original proposal; second, by analyzing of the assumptions and epistemic values that have oriented (explicitly and implicitly) to such perspectives. Subsequently to the critical approach, it conjecture arguments tending to transcend or refocus some methodological problems of the psychoanalytical

research and practice, such as the conceptualization and formalization of causative action, the hypothesis validation (metapsychological and clinical), and the place of theoretical formalizations in clinic psychoanalytic.

Keywords: psychoanalysis - scientificism - methodology - epistemology - ontology.

I. Freud y la “querella de los métodos”

I. a) *La visión estándar de la ciencia.*

En el siglo XIX la investigación científica gozaba de un elevado reconocimiento social, basado en dos siglos de constante evolución teórico-técnica y en las ostensibles derivaciones de esos saberes en las sociedades de Norteamérica y Europa del Norte. En ese contexto, surge la expectación de que las nacientes disciplinas sociales adopten los exitosos procedimientos de la ciencia; problemática que se vertebró en torno a dos interrogantes principales: 1) ¿en qué se asemejan y en qué se distinguen, en tanto que objetos epistémicos del conocer científico, los fenómenos de las realidades humanas respecto de los referentes de las realidades naturales? y 2) ¿en qué medida puede obtenerse conocimiento válido de los fenómenos de las realidades humanas si se adoptan los procedimientos oriundos de la ciencia natural y en qué medida es necesario generar nuevos caminos¹ para llegar a conocerlos? Las respuestas dadas fueron rápidamente polarizadas, originando la denominada “querella de los métodos”. Contienda que proliferó entreverándose con otros debates más amplios en materia de ontología, gnoseología y ética².

En la actualidad, la complejización de los interrogantes iniciales no pareciera haberse traducido en una sofisticación de las respuestas, puesto que en gran parte de las ciencias de lo humano parecieran persistir elementos originales que no han sido completamente superados y que reproducen, de alguna manera u otra, el viejo espíritu dicotómico del siglo XIX³. Un ejemplo de ello es la división acuñada entre enfoques cuantitativos y cualitativos de investigación, que

conservan varios elementos germinales de ese viejo debate y cuya integración (acogida en la égida de los “enfoques mixtos”, basados en la noción de “triangulación”, por ejemplo) tropieza con dificultades para armonizar coherentemente supuestos infrateóricos básicos (Azcona, 2013a). El campo metodológico de las ciencias humanas se desarrolla hoy en una notable dispersión de perspectivas, pero cuyos límites parecieran estar dados por los antiguos afanes de las posiciones extremas de la vieja contienda.

A continuación expondremos una breve caracterización de la visión tradicional de la ciencia y su papel en esta disputa, para luego abordar sus desarrollos en el ámbito psicoanalítico.

El filósofo francés Auguste Comte, en el marco de su concepción de los tres estadios que el intelecto debía atravesar (teológico, metafísico y positivo), acuña el término *positivismo* para referir al estudio de todo fenómeno observable y en detrimento de cualquier propiedad metafísica (Comte, [1844] 1980); es decir que para él, sólo el método de la ciencia natural pudo hacer progresar al conocimiento de lo social.

El movimiento originado con Comte se trasladó a la naciente psicología, generándose allí una serie de programas fundacionales concretos: la psicometría de Francis Galton y Charles Spearman, la neurofisiología de Von Helmholtz, la psicofísica de Gustav Fechner y la psicología experimental de Wilhelm Wundt. Posteriormente el concepto de “Positivismo” sirvió para caracterizar una compleja tradición al interior de la filosofía de la ciencia, en la que suelen incluirse los postulados del Círculo de Viena y el falsacionismo de Karl Popper (Outhwaite, 1987). Es con este último que se consolida la “visión estándar de la ciencia”, pues pese a las transformaciones metodológicas que introdujo, el falsacionismo popperiano siguió compartiendo los principales supuestos filosóficos que sus antecesores. Hacia mediados del siglo XX y en torno a esos desarrollos, ya había sido apuntalada la “concepción heredada” (Putnam, 1962; Suppe, [1974] 1979), en la que predominó la devoción analítica heredera del cartesianismo y el afán formalizante-cuantificador derivado de las ciencias naturales-experimentales y enmarcado por el logicismo falsacionista. Se trata de rasgos que han confluído

consolidando una tradición metodológica monista en el campo de las ciencias de lo humano, también denominada “enfoque cuantitativo”.

En torno a lo metodológico, el procedimiento de Popper de las conjeturas y refutaciones (más prescriptivo que descriptivo) ha ido sofisticándose y resultando de alcance universal. Su conceptualización suele hacerse distinguiendo el par de operaciones hipotético-deductivas, pese a lo cual sus partidarios sólo han teorizado estrictamente sobre las segundas. Bajo la suposición de que crear conjeturas no es algo susceptible de análisis lógico, el acento se ha puesto en el segundo momento: la deducción de las consecuencias observacionales para favorecer la puesta a prueba de esas conjeturas libremente inventadas. La idea central es que el resultado de las contrastaciones permite decidir sobre el valor relativo de una conjetura (rechazo eminente, modificación o implementación provisoria, etc.). La aplicación de esta estrategia tiene por finalidad la obtención de un sistema que, si bien no deja de ser falible o hipotético, está fundamentado y es consistente con la experiencia⁴. Adoptando esta metodología (en conjunción con una serie de supuestos filosóficos subyacentes) las ciencias pueden arribar a explicaciones nomológico-deductivas o inductivo-estadísticas.

Aunque John Stuart Mill se orientó desde otra perspectiva procedimental (la observación de recurrencias y la generalización inductiva), ya el siglo XIX supo basarse en el naturalismo para afirmar que el comportamiento humano es causado por creencias y motivaciones que están sujetas a las mismas regularidades causales que los fenómenos naturales (Mill, [1843] 1853). Posteriormente, Carl Hempel (1948) y Karl Popper ([1934] 1985) acuñaron un modelo de explicación y predicción que pretendieron aplicable a todas las ciencias fácticas. Pese a las diferencias en los fenómenos que se pretende explicar, la estructura lógica de la explicación se supuso similar (o se ordenaba serlo) en ciencias naturales y en ciencias sociales: entre las premisas explicativas debía haber leyes universales que, en conjunción con determinadas condiciones iniciales (por ejemplo), hacían posible la deducción de lo que se quiere explicar. Quienes adoptaron este enfoque en ciencias de lo humano, tuvieron como objetivos centrales explicar y predecir la conducta; lo cual sólo sería posible una vez descubiertas las leyes que vinculen creencias y motivaciones, para subsumir a ellas los comportamientos en cuestión.

A pesar de su hegemonía, las principales suposiciones de la visión estándar de la ciencia y sus desarrollos en las ciencias humanas, han sido (desde sus orígenes mismos) permanentemente puestos en cuestión por otras tradiciones filosófico-científicas. Un ejemplo contundente es la tradición Hermenéutica o Comprensivista, que ha estado en debate permanente con las teorizaciones metodológicas de la concepción tradicional.

I. b) *La posición de Freud.*

“¿Qué queremos alcanzar en verdad, para qué trabajamos? Queremos aquello a que se aspira en general en la ciencia: una comprensión de los fenómenos, el establecimiento de una concatenación entre ellos y, como objetivo último, en los casos en que sea posible, ampliar nuestro poder sobre ellos” (Freud, [1916] 2002: 91).

Las disputas metodológicas mencionadas formaban parte del contexto intelectual en el que Freud estaba teorizando y, pese a ello, podemos advertir la ausencia de tales controversias en su obra (Assoun, 1982). Freud abogó por que el psicoanálisis compartiera los principales rasgos de las ciencias naturales hegemónicas de su época: pretendió incluirlo en ellas y apartarlo de las tendencias puramente especulativas y totalizadoras que le adjudicaba tanto a la filosofía y a la religión como a las ciencias del espíritu⁵. En rigor de verdad, Freud ubica al psicoanálisis del lado de las *Naturwissenschaft* porque no concibe otra ciencia que no sea la ciencia natural.

La creación freudiana nace como método de tratamiento y prosigue su desarrollo hasta constituirse en una disciplina autónoma. Según su creador, “*psicoanálisis es el nombre 1) de un procedimiento que sirve para indagar procesos anímicos difícilmente accesibles por otras vías; 2) de un método de tratamiento de perturbaciones neuróticas, fundado en esa indagación, y 3) de una serie de intelecciones psicológicas, ganadas por ese camino, que poco a poco se han ido coligando en una nueva disciplina científica.*” (Freud, [1923] 2002: 231). En tanto que método, las dos vertientes señaladas (investigativa y terapéutica) están en estrecha vinculación: “*existió desde el comienzo mismo una unión⁶ entre curar e*

investigar; el conocimiento aportaba el éxito, y no era posible tratar sin enterarse de algo nuevo, ni se ganaba un esclarecimiento sin vivenciar su benéfico efecto” (Freud, [1927] 2002: 240). Es decir que esa yunta supone una mutua implicación: toda *indagación* de los procesos anímicos inconcientes *funda* posibilidades terapéuticas y, al mismo tiempo, el proceder terapéutico deriva en conjeturas sobre dichos procesos. Retomar la definición nos alerta de la imposibilidad de separar ambas vertientes metodológicas. Sin embargo, en base a las definiciones del propio Freud, nada nos impide despegar los niveles del método (1 y 2) del nivel teórico (3).

Compartimos la idea de que es el método lo perenne de Freud (Lothane, 1998); lo cual no significa que sus teorizaciones tengan que ser actualmente rechazadas: gran parte de la teoría psicoanalítica de Freud permanece viva en numerosos programas de investigación que bien podrían ser rotulados como “progresivos” (Lakatos, [1978] 1989).

II. Más allá de Freud.

II. a) Dos tradiciones psicoanalíticas.

“La época en la que Freud constituía el único y común referente del pensamiento psicoanalítico está doblemente agotada: por un lado, en virtud de que las interpretaciones del psiquismo difieren sensiblemente según los autores y los movimientos psicoanalíticos de las diversas regiones del mundo, y también porque, tras la muerte de Freud, algunos de esos autores se impusieron y sus respectivos adeptos encontraron que sostenían ideas más adecuadas y exactas que las que guiaron las primeras intuiciones –por geniales que hayan sido– del inventor del psicoanálisis” (Green, 1995: 100).

El psicoanálisis posterior a Freud pareciera haber recapitulado esa dicotomía reduccionista de enfoques metodológicos, consolidándose así la división entre una “tradición científicista”⁷ y una “tradición hermenéutica”. Aunque hoy en día existen diversas corrientes teóricas en el ámbito psicoanalítico, es posible notar (sobre todo si se consideran determinados rasgos específicos) que esos diversos desarrollos se inclinan hacia uno u otro de los extremos de dicho binomio. Esa situación refiere a dos tradiciones psicoanalíticas que *están más allá de Freud*; no sólo porque le suceden en el tiempo, sino porque se ubican en relativa

independencia para con su propuesta metodológica. Por otro lado, es posible notar en ambas tradiciones un empeño sistemático por repatriar la conceptualización metódica de Freud; ejercitándose así unas singulares formas de *repcionar*⁸ su pensamiento.

Aquí sólo nos ocuparemos de la tradición científicista en psicoanálisis: intentaremos caracterizarla brevemente y luego aspiraremos a mostrar su distanciamiento de los planteos de Freud. Luego de ello, argumentaremos abogando por una trascendencia de dicha dicotomía: mostraremos algunos puntos de contacto con la tradición hermenéutica y otras vías posibles de desarrollo.

II.a) La tradición científicista

Sus comienzos.

En cierto modo, los orígenes de esta tradición se remontan al propio Freud, quien intentó siempre ubicar su obra entre las ciencias de la naturaleza: el monismo naturalista del psicoanálisis está desde su creación e implicó toda una serie de valores epistémicos para la aplicación y el desarrollo del movimiento posterior a Freud⁹. Sin embargo, las ciencias naturales no han recibido ni pasiva ni obsecuentemente los desarrollos del psicoanálisis: pese a las ambiciones del creador, su estatus científico ha sido casi siempre muy discutido. Disputa que no sólo encabezan filósofos de la ciencia (p. e. Nagel, 1959; Popper, [1963] 1983; Grünbaum, 1984; Bunge, 1985) o psicólogos de diversas orientaciones (p. e. Eysenck, [1985] 2004; Cioffi, 1970) sino que también es sostenida por distintos psicoanalistas (p. e. Bornstein, 2001; Green, 1996, 2000; Wallerstein, 2000).

Las prescripciones epistemológicas hacia el psicoanálisis han sido diversas y abultadas; pero aquí sólo mencionaremos sintéticamente su espíritu: se demanda una organización lingüística de la teoría de manera tal que favorezca la cuantificación de las variables que se vinculan en los conceptos, lo cual obedece al ideal de corroboración empírica de las hipótesis (en poblaciones suficientemente grandes) con la mayor exactitud posible; siendo su contracara la posibilidad de determinar fehacientemente las condiciones de refutabilidad (lo que equivaldría a decir, para muchos, de científicidad).

Características generales.

Lo que nos permite describir a esta “tradicición científicista” como un programa de investigación cuyo núcleo duro contiene supuestos ligados a la visión estándar de la ciencia, es la ferviente tentativa de sus afiliados por responder a esas demandas epistemológicas. Ya sea en su vertiente falsacionista (tendiente a refutar) o en su vertiente inductivista (tendiente a confirmar), se trata del intento contrastador de las hipótesis psicoanalíticas por medio de sus enunciados observacionales derivados. Los psicoanalistas partidarios de este enfoque han venido alentando la prevalencia de investigación empírica, bajo la suposición de que esa es la vía más conveniente para testear las hipótesis psicoanalíticas. En general, sostienen la necesidad de desarrollar el proceso contrastador ampliando la base empírica que prevé el dispositivo analítico tradicional, tendiendo a generar datos empíricos con métodos provenientes de otras disciplinas (Fonagy *et al*, 1999; Wallerstein, 1993).

Para lograr satisfacer los requisitos de contrastabilidad, este programa ha hecho uso de los métodos oriundos de las ciencias naturales: la experimentación¹⁰ o cuasi-experimentación, conjuntamente con la estadística inferencial¹¹. La creencia es que estas estrategias serían las más apropiadas para arribar a una validación de las teorías. En este marco, los métodos psicoanalíticos ligados a una perspectiva cualitativa sólo tendrían utilidad para la creación de conjeturas, pero no para su justificación empírica¹².

Conceptualización científicista de la realidad, la verdad y la validación de hipótesis.

La consideración de esas demandas críticas ha llevado a plantear la necesidad ineludible de investigar empíricamente, en afán de hallar evidencias sistemáticas que den apoyo a las hipótesis metapsicológicas y a los productos del método psicoanalítico (Cf. p. e. Westen, 1998; Bornstein, 2005; Shedler, 2002; Blatt y Auerbach, 2003; Fonagy, 2003). Es notable cómo las preocupaciones de esta línea argumental tienden a privilegiar las formulaciones metapsicológicas,

fundamentalmente la corrección de sus leyes generales mediante datos empíricos. Pero no sólo a las hipótesis teóricas se las supone objeto de contrastación, sino también a las hipótesis relativas al contexto clínico: como el producto de la interpretación es una conjetura entre otras (aunque con sus particularidades), puede y debe ser sometida a los procesos de contrastación empírica de modo análogo al resto de las conjeturas psicoanalíticas (Etchegoyen, 1986; Klimovsky, 2009).

En términos generales podría decirse que el *realismo ontológico* (la creencia de que las entidades postuladas e investigadas existen con independencia y anterioridad al sujeto cognoscente) es un supuesto aceptado entre los partidarios de esta tradición. La suposición gnoseológica de las tradiciones científicas no es, en cambio, fácil de elucidar: hay quienes se orientan por variantes del *realismo epistemológico* (la creencia de que el conocimiento obtenido es de las entidades postuladas en sí) y hasta *semántico* (la referencia de algunos términos teóricos es isomórfica para con la entidad que designa y por eso puede hablarse de “grados de verosimilitud”); pero también hay quienes parten de posiciones menos ambiciosas y sostienen variantes del *antirrealismo epistemológico* (el conocimiento alcanzado, tanto en el contexto teórico como en el clínico, no es de las entidades en sí mismas sino que está mediatizado por nuestras subjetividades y, por lo tanto, es meramente instrumental o ficcional).

III. Ponderación de la distancia entre Freud y el científico. Argumentos para otras vías posibles.

La cultura o tradición científica que hemos caracterizado sintéticamente representa uno de los extremos ideales que han venido tensionando el campo psicoanalítico. En lo que sigue intentaremos primero mostrar porqué la obra de Freud no es enteramente traducible a dicha tradición sin que se pierdan aspectos fundamentales. Dicho de otro modo, intentaremos determinar la distancia que hay entre la propuesta teórico-metodológica de Freud y los postulados de la tradición científica. Seguido de ello, argumentaremos sobre otras vías posibles de desarrollo, menos extremas que el científico y la hermenéutica.

III. a) *Realismo y antirrealismo en Freud.*

Comenzaremos señalando que la devoción por las formas pseudo-experimentales de llevar adelante la contrastación se asienta en una serie de supuestos subyacentes que no necesariamente tienen que estar ligados al método de conjeturas y refutaciones (en cualquiera de sus versiones). El hecho de que algunos psicoanalistas pretendan construir variables cuantitativas, aplicando las propiedades del número a las propiedades de sus objetos epistémicos, denota una sobrevaloración de lo métrico en detrimento de lo cualitativo (pecándose, a veces, de identificar exactitud con precisión numérica). Si la precisión es el valor epistémico que guía la valuación de las hipótesis, entonces debemos reconocer en los supuestos subyacentes un fuerte compromiso realista: la creencia de que los conceptos denotan términos que *refieren* a entidades que existen independientemente del sujeto cognoscente; pues así, la investigación debe apuntar a que los términos conceptuados refieran con exactitud creciente a la realidad referida.

La tradición científicista está en consonancia con una parte del programa metódico inicial del psicoanálisis (aunque no, como veremos, con todos sus supuestos). En primer lugar y en lo que al ámbito de las formulaciones teóricas respecta, la aspiración nomotética y conjetural de Freud se hizo patente en las cambiantes postulaciones metapsicológicas: teoría general del funcionamiento psíquico de origen especulativo pero perfectible empíricamente. Para Freud, sin embargo, la utilidad de los datos de la experiencia para lograr objetividad fue por momentos amenguada con suposiciones agnosticistas¹³. Esto se aprecia en su singular perspectiva reduccionista: la reducción promisoría del lenguaje metapsicológico al lenguaje de las ciencias físico-químicas¹⁴ no es un paso de acercamiento a la *verdad objetiva*, pues al fin y al cabo, dice Freud “*lo real-objetivo permanecerá siempre «no discernible»*” ([1938] 2002: 198). ¿En qué consiste entonces esa reducción fisicalista que Freud tan abiertamente profesó? Este afán pareciera apenas una forma de reducción semántica, deseable por el hecho de que el lenguaje de la ciencia (natural) goza de mayor antigüedad y de menor

ambigüedad. Para el vienés, esto es una virtud solamente por redundar en beneficios prácticos: la exactitud da mayor capacidad de entendimiento mutuo. La traducción al lenguaje naturalista, que no es más que otro lenguaje figurado para el vienés (Freud, [1920] 2002: 58), así como la adopción de los valores epistémicos privilegiados de ese lenguaje (cuantificación, empirismo, universalidad, etc.) deberían verse más como un intento de traducción pragmático y no, como muchas veces se ha creído, como un intento por acercarse semánticamente a la naturaleza última de lo psíquico (bajo una suposición correspondentista clásica). En ese sentido las ideas sobre el método psicoanalítico que aparecen hacia el final de su obra y que parecerían estar en consonancia con esta perspectiva reduccionista, deberían ser leídas a partir de este agnosticismo instrumentalista fundamental:

“...la terapia nos ocupa aquí únicamente en la medida en que ella trabaja con medios psicológicos; por el momento no tenemos otros. Quizás el futuro nos enseñe a influir en forma directa, por medio de sustancias químicas específicas, sobre los volúmenes de energía y sus distribuciones dentro del aparato anímico.” (Freud, *op. cit.* [1938a] 2002: 182).

Se trata de medios y fines, no de semántica. Cualquier discusión sobre el tipo de metáforas más convenientes para lo psíquico (naturalistas o filológicas) no debería perder de vista el hecho de que serán, para Freud, siempre metáforas.

Hay que decir, por otro lado, que estas suposiciones cuya genealogía pasa por Du Bois-Reymond, Mach y Kant, están presentes en Freud conjuntamente con otras ligadas al realismo clásico. Ello nos da la pauta de una basculación compleja en su pensamiento, en la que realismo e instrumentalismo aparecen intercambiados⁴⁵. Sin embargo y pese a ello, ha sido mucho más frecuente, entre los continuadores del enfoque cientificista, retomar sus supuestos realistas. Se trata de un naturalismo que no tiene en cuenta el agnosticismo-pragmatista de Freud y significa operar con un sesgo considerable que debería ser explicitado.

En segundo lugar, en lo relativo al ámbito de las formulaciones clínicas, también podemos hallar a un Freud apartándose del correspondentismo: la célebre carta dirigida a Fliess el 21 de septiembre de 1897, en la que Freud admite que “...en lo inconciente [...] no se puede distinguir la verdad de la ficción investida con afecto.” (Freud, [1897] 2002: 302), supone un cambio ontológico en el estatuto de las entidades en juego y de las operaciones epistémicas posibles. El trabajo

analítico, a pesar de estar atravesado por la distinción “verdad histórica - verdad material”, tiende ahora a restablecer la coherencia de lo que se presenta inconexo e incongruente (el recuerdo-relato del sueño, el relato de los síntomas enigmáticos, etc.) pero al interior del psiquismo y no por relación a lo exterior. Las interpretaciones del analista referirán ahora a las fantasías inconcientes y a la dinámica psíquica que impide su expresión conciente. En ese sentido, la verdad en juego no supone la concordancia con la realidad externa (material e independiente, según el vienés) sino con el conflicto representacional y la solución lograda por el psiquismo¹⁶.

Entonces: tanto el pragmatismo agnosticista a nivel de la referencialidad de la teoría universal, como el coherentismo a nivel de la referencialidad de las conjeturas clínicas, son dos supuestos que podemos inferir de la propuesta freudiana y cuya negación vemos constatada en los afanes de la tradición científicista en psicoanálisis.

III. b) *Universalismo y nominalismo freudianos.*

En términos generales podemos encontrar una tensión omnipresente entre universalismo y nominalismo en las teorizaciones de Freud. El afán legalista y materialista, propio de la ciencia moderna, se vincula por momentos con la dimensión ideográfica e inmaterial del sentido. Es por eso que se ha dicho que un rasgo de la identidad epistémica freudiana es la indisolubilidad de elementos provenientes de las tradiciones naturalista y hermenéutica en lo que refiere a su constitución metódica (Assoun, *op. cit.*).

A pesar de admitir esa mixtura, Jean Laplanche (2001) ha visto una separación tajante en la propuesta metódica de Freud, advirtiendo cómo su perspectiva evolucionó de una especie de nominalismo hacia una variante universalista.

En su célebre *Die Traumdeutung*, el vienés afirma:

“... mi procedimiento no es tan cómodo como el del método popular del descifrado, que traduce el contenido dado del sueño de acuerdo con una clave establecida; más bien tiendo a pensar que en diversas personas y en contextos diferentes el mismo contenido onírico puede encubrir también un sentido disímil” (Freud, [1900] 2002: 126).

Contrariamente a esto y después del 1900 (incluidas las reediciones de dicha obra), Freud teorizó grandes códigos interpretativos para la lectura del material clínico (el simbolismo hereditario de las profantasías, la fases del desarrollo psicosexual, los complejos de Edipo y de castración, la finalidad de las pulsiones, etc.), en base a los cuales sostuvo que *“las interpretaciones del psicoanálisis son sobre todo unas traducciones de un modo de expresión que nos resulta ajeno, al modo familiar para nuestro pensamiento [...] otro carácter llamativo de nuestro lenguaje del sueño es el frecuentísimo empleo de los símbolos, que en cierta medida permiten traducir el contenido del sueño independientemente de las asociaciones {del soñante}”* (Freud, [1913] 2002: 179). Retomando lo aseverado por Laplanche, coincidimos en que hay dos perspectivas metodológicas (mutuamente excluyentes) en el propio Freud: mientras que el método antes de 1900 es de carácter “asociativo-disociativo” pues procede decodificando los sentidos singulares, luego de ese período (y sobre todo desde el historial del «pequeño Hans») el método deviene de tipo “simbólico”: se basa en códigos fijos para interpretar, trasponiendo un relato en otro. El propio Laplanche ha subrayado claramente el problema señalando que *“es el simbolismo el que hace callar las asociaciones”* (Laplanche, 2001: 204), razón por la que concluye (en oposición a la pretendida complementación freudiana) que ambas versiones del método se contraponen y que la vertiente simbólica debe ser rechazada.

Ahora bien, el rechazo de la versión simbólica del método ha llevado a Laplanche a rechazar también la perspectiva hermenéutica en psicoanálisis, arguyendo que si en la teoría hermenéutica no hay interpretación sin código de lectura preestablecido, entonces la versión hermenéutica del método psicoanalítico es equivalente a la versión simbólica de Freud. El método asociativo-disociativo es, por antonomasia, una antihermenéutica (ibíd.).

Sin embargo, esta identificación de Laplanche no es del todo correcta: pareciera estar homologando al abordaje narrativo como una forma de subsunción nomológica en la que los fenómenos serían casos-ejemplo de alguna ley o trama universal. Paul Ricœur, uno de los partidarios de la tradición hermenéutica, había nominado antes ese tipo de relación como “comprensión teórica” y lo había

deslindado explícitamente del tipo de comprensión que debería realizar el psicoanálisis hermenéutico (Ricœur, [1984] 1995). En lugar de subsumir fenómenos a leyes universales, el narrativismo ricœuriano propone crear una trama singular para el conjunto de los acontecimientos en juego, otorgándoles así un sentido. Se trata, en palabras del autor, de una “comprensión configurante” que debe ser claramente distinguida de la anterior (ibíd.). Según Ricœur, es en base a ella que el resultado narrativo de la interpretación psicoanalítica puede librarse de las estereotipias.

En base a lo anterior, las ideas de Ricœur y Laplanche parecieran estar en sintonía respecto a una cuestión central: la crítica de la tendencia universalizante y subsuntiva de los modelos freudianos de interpretación (aspecto bien ponderado por el cientificismo). Considerando que para Ricœur el psicoanálisis consiste en la configuración sintética de una trama para la comprensión de los acontecimientos históricos que aborda y teniendo en cuenta la defensa de Laplanche del método asociativo-disociativo de Freud, la oposición inicial parece poder franquearse en este punto.

III. c) *Causas y motivos.*

El cientificismo psicoanalítico ha tendido a hacer hincapié en las formulaciones universales de la metapsicología y sus posibilidades de corroboración empírico-experimental. Aquí hemos mostrado argumentos que reprueban esa tendencia universalizante de Freud y resaltan el valor de las formulaciones clínicas singulares y su obtención mediante la metódica inicial. Perspectiva ante la cual conviene hacernos una serie de preguntas: ¿es necesario y posible abandonar toda tendencia universalizante para el psicoanálisis? ¿De qué modo es posible explicar la causación de los fenómenos abordados sin apelar a leyes? ¿Cómo puede efectuarse la validación de las conjeturas clínicas? Intentaremos esbozar algunas respuestas.

Para trascender la oposición entre universalidad y singularidad, nos detendremos en otro aspecto que ha sido terreno de debate entre los partidarios del cientificismo y sus críticos: el problema de la causalidad humana. La hibridez

metódica de Freud ha llevado a muchos a retomar el añejado problema de la distinción causa-motivo, para justificar sus argumentos. Aquí partiremos de suponer que las razones o motivos humanos son un tipo causa, caracterizada por ser: a) *contextual* (no universal), b) *inmaterial* (por ende, no sensible) y c) *predisponente*¹⁷ (teleológica).

Peter Winch ([1958] 1972), en un afán por ampliar los desarrollos weberianos y siguiendo las reflexiones finales de Wittgenstein, sostuvo que el comportamiento humano puede comprenderse por referencia a *reglas* inmanentes antes que a *leyes* universales. Tales reglas, explícitas e implícitas, se distinguen de las leyes naturales porque pueden ser modificadas o desobedecidas por los actores que las utilizan y porque ese uso está en relación con una terceridad capaz de sancionar su adecuación o no (otros sujetos, instituciones, etc.). Las reglas no son pautas externas a las acciones sino su significación misma; y es por ello que comprender el sentido de la acción equivale a comprender la regla que se está siguiendo en un contexto determinado. En el ámbito clínico, el psicoanalista pretende conocer el sentido de las acciones del analizado: las reglas propias de su funcionamiento psíquico.

Vincularemos lo anterior con el planteamiento realizado por Von Wright ([1971] 1979) respecto a la posibilidad de representación lógica de las inferencias subjetivas. Lo realizado por un sujeto en situación es posible de analizarse mediante el silogismo práctico: se trata de una estructura formal que permite reconstruir los procesos inferenciales implícitos en la ejecución de una acción¹⁸, sin recurrir al clásico modelo de cobertura legal (tan caro al científicismo). El esquema fue propuesto ya por Aristóteles y estaría constituido por la premisa mayor representando una meta perseguida por el agente, la premisa menor identificando alguna acción que el agente considera conducente a ese logro y la conclusión simbolizando la disposición del agente para ejecutar la acción. Podríamos escribirlo enunciativamente así: una serie de premisas explicativas como “el sujeto *S* se propone dar lugar a *Q*” y “el sujeto *S* cree que no puede dar lugar a *Q* a menos que haga *h*”, que permiten *explicar* una conclusión como “el sujeto *S* se dispone a hacer *h*”.

Si nos propusiéramos formalizar así las inferencias clínicas que el analista elabora para explicar las acciones del paciente, podríamos ubicar entre las premisas explicativas a las fantasías inconcientes, a las teorías sexuales infantiles¹⁹, a las prohibiciones superyoicas, etc. Por otro lado, si lo que el analista busca es colegir el sentido singular de las repeticiones que el paciente trae en su discurso, entonces su accionar es abductivo: intenta hallar la *regla* que subyace al fenómeno²⁰.

Sintetizando diremos: a) el método inicial de Freud permite el conocimiento del sentido singular, b) el sentido es un tipo de causalidad, c) que puede ser representado acudiendo a la noción de reglas y d) utilizando el silogismo práctico.

Aún queda por responder a la pregunta que ha venido dividiendo las aguas entre las tradiciones consideradas: ¿cómo es posible validar el conocimiento obtenido (con el método original de Freud) de esas reglas fantasmáticas que contribuyen a causar la acción del sujeto?, dicho de otro modo: ¿en qué es necesario variar el método de la concepción tradicional para validar las conjeturas?

III d) *¿Hermenéutica versus método hipotético-deductivo?*

“Pues bien, eso que se resiste a ser reformulado es precisamente el carácter híbrido del psicoanálisis, esto es, el hecho de que llega a la energética por la sola vía de la interpretación. Todo acabará llevándonos, en consecuencia, a esa “anomalía” constitutiva de la interpretación analítica dentro del concierto de las ciencias humanas.” (Ricœur, [1965] 2007: 303)

En 1979 Dagfinn Føllesdal argumentó a favor de un enfoque interesante sobre la dicotomía clásica, pues sostuvo que “*el método hermenéutico es el método hipotético-deductivo aplicado a materiales significativos*” (Føllesdal, 1979: 320). Para favorecer su idea, él utiliza un ejemplo extraído de la literatura y muestra cómo la forma de resolución del problema (la interpretación de lo que representa uno de los personajes del texto) procede hipotético-deductivamente: se plantean

conjeturas y se contrastan sus consecuencias lógicas con el resto del material contenido en la obra y con otro material adicional que se tiene (datos del autor, contexto epocal, etc.). La obra que le sirve de ejemplo es *Peer Gynt*, de Henrik Ibsen; y el problema que retoma es el del papel que juega el personaje “el extraño”. Føllesdal examina cinco interpretaciones que se han dado sobre lo que representa ese personaje, así como algunos de los principales argumentos a favor y en contra de las mismas (obtenidos mediante contrastaciones de sus consecuencias).

Obsérvese que las interpretaciones sobre lo que representa el personaje “el extraño”, son hipótesis contrastables y, además, no se trata de hipótesis universales sino restringidas al contexto de la obra *Peer Gryn*. Con lo cual, de su tesis se sigue que la hermenéutica no necesita parecerse a una explicación de cobertura legal, puesto que bien puede haber conjeturas y refutaciones de interpretaciones particulares. En base a esto, diremos que el psicoanálisis puede orientarse ideográficamente por vía hermenéutica y, al mismo tiempo, hipotético-deductivamente. Si esto es correcto, deberíamos poder separar las estrategias metodológicas de validación de hipótesis de la formalización de los argumentos explicativos (lo cual no siempre ha sido realizado).

Freud sostuvo que las enunciaciones del analista en el contexto clínico necesitan testearse: “...a cada construcción la consideramos apenas una conjetura, que aguarda ser examinada, confirmada o desestimada” (Freud, [1937] 2002: 266). Las hipótesis interpretativas del analista se contrastan con la realidad psíquica del analizado. Freud es taxativo respecto de las conjeturas que no coinciden con ese referente: “...es preciso retirarlas y sustituirlas por algo más correcto.” (Freud, [1917] 2002: 412).

En base a lo anterior afirmamos que: 1) el hecho de que el psicoanálisis se ocupe de *significaciones* no impide su tratamiento por el método de conjeturas y refutaciones²¹; 2) el hecho de adoptar este proceder no implica que su realización sea por la vía de la experimentación o de la correlación estadística.

Convendría, en este punto, señalar dos *condiciones específicas* del conocimiento psicoanalítico en el ámbito clínico. En primer lugar, toda interpretación que el analista enuncia al paciente es, por efecto de la suposición de saber, una acción que modifica el objeto que con ella se pretende conocer. Ello se

advierte a lo largo de todo el proceso clínico y plantea una serie de dificultades a los partidarios del hipotético-deductivismo. Wisdom ([1967] 1969) y también Klimovsky (1986), por ejemplo, sostienen que esta situación dificulta la clásica contrastación empírica porque las hipótesis interpretativas que el analista enuncia son “*autopredictivas*” o “*autorrefutatorias*”; lo cual merece una sofisticación del procedimiento contrastatorio (ibíd. 546). No debería olvidarse que el problema fue claramente planteado por Freud (1937 *op. cit.*): él mismo sostuvo que la respuesta del paciente, consintiente o denegatoria, no vale por sí misma para corroborar o refutar *definitivamente* una conjetura expresada por el analista.

Pero, *¿en qué medida se modifica y en qué medida permanece idéntica la realidad psíquica luego de una interpretación?*, es una pregunta insoslayable en el tema de la validación de las hipótesis clínicas. Lo que convendría recordar aquí es que esa *condición* no es patrimonio exclusivo de la situación psicoanalítica: en los fenómenos humanos en general y al menos en el subdominio de los fenómenos cuánticos, se acepta mayoritariamente la idea de que el agente cognitivo altera el fenómeno que pretende conocer. Aquí diremos que objeto y sujeto de conocimiento no son entidades disociadas a priori (como han supuesto implícitamente gran parte de los psicoanalistas de ambas tradiciones) y que se constituyen mutuamente en un entorno cognitivo (Lahitte, 1995). Un corolario de ello es que el conocimiento psicoanalítico de las *reglas inmanentes* del paciente es una co-construcción entre él y el analista, lo cual supone un enmarque onto-epistemológico que se antepone al hipotético-deductivismo (no es incompatible con él sino con los supuestos subyacentes que común e históricamente lo han cimentado).

Aunque derivada de la anterior, debemos destacar una segunda *condición específica* del conocimiento clínico del psicoanálisis: el valor de la interpretación reside en su utilidad práctica. Su ponderación no podría ser hecha, por lo tanto, considerando solamente a la *verdad* (en cualquiera de sus formulaciones) como criterio último; necesariamente se introduce el problema ético de la finalidad de las acciones cognitivas del analista, en particular de la interpretación.

III e) *El conocimiento como mapa útil.*

Quizás el desacierto mayor del cientificismo psicoanalítico sea su anacronismo: el conservar valores epistémicos que hoy en día aparecen muy deflacionados. Varios representantes de la filosofía analítica y tradicional de la ciencia (cuyas ideas adoptó esa tradición científicista) han abandonado la idea de *fundamentar infaliblemente el conocimiento en bases objetivas*. Las razones han sido múltiples y desarrollarlas con algún grado de profundidad nos está vedado por razones de espacio; sin embargo, podremos mencionar superficialmente algunas conjeturas a las que se ha arribado: en primer lugar, ya no se piensa que haya observación sin teoría o, lo que es igual, que los enunciados que describen el mundo (“enunciados empíricos básicos”) sean verdaderos, sino que se conciben como el resultado de una convención entre sujetos²². Esto ha derivado en la imposibilidad de (no sólo verificar, como tempranamente argumentó Popper [*op. cit.*], sino además) refutar teorías apelando a cálculos sintáctico-lógicos y datos sensibles: una consecuencia experimental negativa puede explicarse negando la “hipótesis principal” o negando una de las infinitas premisas auxiliares que la acompañan (tesis Duhem²³- Quine). Como consecuencia de ello, nada nos impide extender la convención utilizada desde los enunciados básicos que refieren a entidades observacionales hasta el ámbito de las enunciaciones que refieren a entidades inobservables (Lakatos, *op. cit.*). Además, si aceptamos la tesis fuerte de la inconmensurabilidad, entonces no tiene sentido hablar de progreso del conocimiento hacia la verdad (Kuhn, [1962] 1995)²⁴.

Este listado de argumentos es apenas un brevísimo y superficial corolario de toda una serie de problemas (entre los que se incluye el de la validación-elección de teorías) que han sido abordados por múltiples disciplinas y orientaciones. La tradición hermenéutica, retomada también en el seno de las teorizaciones psicoanalíticas, ha llegado (aunque por otras vías) a conclusiones similares: el viraje ontológico de la hermenéutica de Martín Heidegger (1927) supone dejar de entender a la interpretación como un método para comenzar a ser concebida como una *manera de ser* del hombre, una forma de caracterizar la relación de su experiencia en el mundo (es decir algo omnipresente). Posteriormente Hans-Georg Gadamer ([1960] 1977) retoma la argumentación de

Heidegger afirmando que estamos determinados por nuestra situación histórica; es decir por nuestros “prejuicios”. No es posible deshacernos de tales prejuicios para conocer: aún toda reflexión, en tanto que vuelta del pensamiento sobre sí mismo, es históricamente situada (parte de pre-juicios). Se trata de argumentaciones que van en contra del afán de objetividad que sostuvieron los fundadores de la hermenéutica moderna²⁴; a la vez que conllevan la superación del psicologismo original del método y de su reducción a lo metodológico.

Como puede notarse, tanto la concepción tradicional como la hermenéutica filosófica han llegado a una conclusión afín concerniente a los límites del conocimiento: retomando la vieja vía del argumento escéptico, se transita suponiendo que nada podemos conocer más allá de nuestras experiencias. Ambas tradiciones llegan así a la idea de que los “hechos” científicos son justamente eso: fabricaciones humanas contextualmente situadas y no entidades absolutas dadas a conocer en sí mismas. Es decir, las experiencias humanas no reflejan un mundo independiente.

El problema que debemos subrayar es el del olvido que los continuadores de ambas tradiciones en el ámbito psicoanalítico han hecho de estas conclusiones. La insistencia en los polos de explicación y comprensión²⁵ es una derivación equivocada de la suposición de que el objeto de estudio es, o bien externo al sujeto cognoscente, o bien interno a sus capacidades cognitivas; cuando las conclusiones a las que se ha arribado en ambas tradiciones (extra-psicoanálisis) muestran claramente la necesidad de ubicar en interdependencia a sujeto, objeto y conocimiento (Castilla del Pino, 1972). En otras palabras, de basarse en su relación co-constitutiva (Lahitte, *op. cit.* 1995).

Idear procedimientos para alcanzar certeza objetiva (ya sea en su versión confirmativo-inductivista o en su refutativo-deductivista) resulta ya inoportuno e inadecuado. Otra manera de significar esto es retomando la expresión de que “*el mapa no es el territorio*” (Korzybski, 1994 [1933]), metáfora que debería servir como punto de partida (y no de llegada) de cualquier teorización sobre la *justificación de usar* tal o cual de las hipótesis psicoanalíticas. Antes quisimos mostrar que Freud parece haber entendido, más de lo que comúnmente se ha creído, el significado de esa metáfora: el antirrealismo de sus modelos puede ser

vinculado con una concepción pragmatista de la verdad²⁶; eje que parece constituir una heurística aprovechable. En ese marco, toda metapsicología podría ser vista como un *mapa* y su constante mejora como un proceso cartográfico de complejidad creciente. Pero, ¿hasta dónde es posible y hasta dónde debería una teoría psicoanalítica intentar cartografiar los terrenos que explora? Diremos que la función de la metapsicología es permitir intervenir antes que alcanzar a representar; facilitar el recorrido antes que pretender reflejar el territorio. En este marco conjetural, la epistemología se subordina a la pragmática por la vía de la ética.

III. f) *Reubicación de la teoría en los procesos de validación.*

Inicialmente indicamos que las dos tradiciones psicoanalíticas en cuestión han hecho hincapié diferencial en el papel de la teoría y su basamento: el espíritu científico del psicoanálisis ha resaltado el valor de las formulaciones universales y la perspectiva hermenéutica se ha enfocado más en las formas de producción singulares a cada contexto clínico. Habiendo problematizado esas distinciones estereotipadas, aquí trazaremos un límite metodológico que permita la diferencia entre dos niveles de funcionamiento de la teoría en psicoanálisis.

1. Teórico-universal: relativo a la metapsicología (los desarrollos freudianos y los posteriores a él), es decir a la teoría del funcionamiento psíquico con predicación universalizante. Universalismo que no necesariamente debe basarse en ninguna variedad de realismo; quizás convenga retomar el costado instrumental-ficcionalista de Freud, antes que su representacional-isomorfismo. De ser así, los cánones de su validación han de ser fundamentalmente pragmáticos: su valor viene dado por su eficacia para explicar y predecir los fenómenos. Sin embargo nada impediría, a priori, realizar pruebas de testeo por fuera del contexto clínico (aún a sabiendas de que ni los “*sensa data*”, ni la “*base empírica*”, ni los “*falsadores potenciales*”, etc., son jueces infalibles para dirimir la falsedad o verdad de las hipótesis a contrastar).

2. Teórico-singular: relativo al contexto de las formulaciones clínicas (teorías sexuales infantiles, fantasías idiosincráticas, modos defensivos predilectos,

etc.), obtenidas por co-construcción entre analista y paciente (analista mediante el método asociativo-disociativo y paciente mediante el método de libre asociación). Aquí tampoco es posible sostener una perspectiva realista fuerte, en tanto que la *significancia* de lo teorizable es también creación²⁷.

La validación de este tipo de teorizaciones ha de llevarse a cabo mediante el testeo clínico y por la vía de las conjeturas y refutaciones sobre el material significativo; también a sabiendas de que su función es pragmática antes que representativa.

Ambos niveles están conectados, en varios sentidos. En primer lugar porque el analista conoce y puede hacer uso de una o varias “teorías del funcionamiento psíquico” y, conjuntamente con ello, interviene desde las condiciones de su psiquismo (parte de “teorías sexuales infantiles”, de “fantasías”, etc.). Entonces, sus operaciones están condicionadas por esa conjunción de niveles teóricos y cualquier proceso que aspire a validarlas deberá partir de su relación. En ese sentido, cabe hablar de un sistema ecomental que distingue (sin des-unir) niveles de representación y argumentación (Lahitte *et. al.*, 1994).

IV. Conclusiones

Por lo expuesto, podemos afirmar que la tradición científicista del psicoanálisis conlleva una serie de sesgos que merecen ser revisados. En primer lugar, un sesgo sobre las ideas de Freud: pareciera haberse *recepionado* acríticamente sólo una parte de sus supuestos filosóficos, sin advertir la coexistencia de otros igualmente atendibles. En segundo lugar, un sesgo en torno a los valores epistemológicos que debe perseguir una disciplina científica: parecieran seguir pretendiéndose objetivos incongruentes con los desarrollos posteriores de la propia filosofía de la ciencia de la que fueron extraídos. Afanes modernos que tampoco resisten la crítica en la mayoría de los ámbitos científicos consagrados.

Por otro lado, además de nuestra crítica a esta tradición científicista, hemos esbozado una serie de ideas tendientes a superar la dicotomía que aún persiste en el campo analítico. Rescatamos el valor y la actualidad del método original de

Freud (asociativo-disociativo), e intentamos mostrar la necesidad de redefinir la noción de *leyes naturales* en términos de *reglas* para el ámbito humano de las significaciones; luego indicamos porqué esa redefinición permite soslayar el modelo clásico de explicación (“cobertura legal”), a la vez que admite la formalización lógica de los procesos inferenciales que pretende representar. Seguido de ello, indicamos la posibilidad de trascender la dicotomía explicación-comprensión, tan cara a ambas tradiciones, viabilizando la aplicación del método hipotético-deductivo a fenómenos específicamente humanos (en donde la técnica experimental y la cuantificación no quedan vedadas pero tampoco son necesarias, como anhela la metodolatría científicista). Artilugio que, enmarcado en supuestos filosóficos adecuados, podría derivar en fecundos desarrollos para el psicoanálisis (para los dos ámbitos del funcionamiento teóricos que hemos deslindado).

Reconocemos que los aspectos considerados no agotan (ni mucho menos) el problema de las tradiciones en psicoanálisis, pero creemos que su abordaje podría conformar andariveles fecundos para el diálogo y el intercambio teórico; escenario ineludible para toda evolución razonable del psicoanálisis.

Notas

¹ Recordemos que el término “método” (μῆθοδος) es un compuesto derivado del griego: “met” y “odo”, cuya traducción posible es “camino con el cual” (Marradi, *et. al.* 2007).

² No en vano, Charles Snow afirmaba a mediados del siglo XX que la vida intelectual de la sociedad de occidente se estaba dividiendo cada vez más entre dos grupos extremos: las humanidades y las ciencias; separados por un abismo de incomprensión mutua (Snow, [1959] 2000). En cierto modo, lo que problematizaremos para el ámbito del psicoanálisis pareciera ser la expresión de una problemática cultural más abarcativa y profunda de lo que comúnmente se supone.

³ En rigor de verdad, el pensamiento dicotómico ha sido históricamente patrimonio del pensamiento occidental; un estilo de cognición en el que la disociación metafísica de entidades primó por sobre la *relación* (Lahitte & Hurrell, 1999).

⁴ En esto se diferencia el método hipotético-deductivo del método axiomático: las creencias propuestas (expresables en proposiciones o enunciados) no se justifican por su consistencia con otras creencias “superiores” establecidas por algún tipo de necesidad (axiomas), sino con creencias “inferiores” ubicadas a nivel de la experiencia (expresables en enunciados básicos). De hecho, las mismas consecuencias observacionales pueden ser derivadas desde infinitas hipótesis. Cabe mencionar que los problemas sobre la elección de hipótesis explicativas, la

distinción entre tipos de enunciados, la elección entre “enunciados empíricos básicos” y “enunciados teóricos hipotéticos” contradictorios, etc., son tópicos que han derramado ríos de tinta desde los autores de esta filosofía de la ciencia.

⁵ Freud no abordó sistemáticamente cuestiones de las ciencias del espíritu (*Geisteswissenschaften*), pero en algunas de sus menciones pareciera ponerlas en sintonía con las cosmovisiones o la filosofía (cf. p. e. Freud, [1925] 2002: 54); también suponía que “*nunca podremos prescindir de la colaboración de personas que posean formación previa en las ciencias del espíritu*” (Freud, [1927] 2002: 240), colaboración que ratifica la distancia que él veía entre dichas personas y los psicoanalistas.

⁶ El término alemán utilizado por Freud es “Junktin”, que bien podría haber sido traducido por “yunta”. Eso favorecería aún más el sentido jurídico primigenio: pareja de animales usados para trabajar. Diríamos, entonces, que no hay trabajo analítico sin esa juntura.

⁷ El empleo de la noción de “tradición” responde a una metáfora útil: es la transmisión transgeneracional del conjunto de acervos constituyentes de una identidad cultural (la noción utilizada se vincula con el concepto de “tradiciones de investigación” [Laudan, (1977) 1986]). La denominación de “cientificista”, en cambio, la hemos hecho a falta de una mejor y a sabiendas de que se trata sólo de un estereotipo que nos ayuda en la reflexión: no es posible establecer una serie de criterios distintivos y exhaustivos para sostener la clasificación. Por el contrario, sostendremos parafraseando a Wittgenstein ([1953] 2002), que son “aires de familia” (y por lo tanto nada esencial) lo que permite identificar a un miembro como perteneciente a una clase, siendo prácticamente imposible reencontrar todos los rasgos típicos en un solo ejemplar. El mismo criterio resultaría, por ejemplo, para el conjunto de tradiciones hermenéuticas que se oponen al cientificismo.

⁸ Recepción en el sentido de Jauss ([1979] 1981): asimilación transformativa, que impide definir la migración de ideas en términos de mera reproducción, copia fidedigna o neutralidad alguna.

⁹ Además del monismo metódico, Freud adopta una serie de supuestos naturalistas que traslada sin cuestionamiento al ámbito de lo humano y su teorización. Un ejemplo de ello es la energética fisiológica de su “ídolo” Hermann von Helmholtz, recibida por la vía de su maestro Ernst Brücke.

¹⁰ “... una contrastación experimental consiste, entonces, en variar los valores de las variables «independientes» y comprobar si la variable «dependiente» asume los valores implicados por la hipótesis” (Hempel, [1966] 1999: 40).

¹¹ El lector interesado por algunas elaboraciones en esta tradición cientificista, puede consultar los trabajos de Bridgman (1938), Madison (1961), Sullivan (1953), Rapaport ([1960] 1971), Peterfreund y Schwartz ([1971] 1976), Koltenuik ([1976] 1981), entre tantos otros.

¹² Wallerstein ha “reconocido” que “*no todo el psicoanálisis es ciencia. En efecto, el psicoanálisis no se ocupa únicamente de los principios generales que rigen el funcionamiento psíquico, sino también de las formas idiosincráticas contextualizadas e historizadas, en que dicho funcionamiento se expresa en cada individuo*” (Wallerstein, 2005: 673). Eso pareciera querer decir que ocuparse de las formas idiosincráticas contextualizadas e historizadas no es hacer ciencia.

¹³ El agnosticismo freudiano se funda en la concepción del inconciente como “cosa en sí” y abre toda una vía de reflexiones sobre el conocimiento que hemos desarrollado en otra parte (Lahitte & Azcona, 2012).

¹⁴ “*el edificio de la doctrina psicoanalítica, que nosotros hemos creado, es en realidad una superestructura que está destinada a recibir alguna vez su fundamento orgánico; pero todavía no lo conocemos*” (Freud, [1916] 2002: 354).

¹⁵ Para un examen detallado de esta basculación cf. Azcona (2013b.)

¹⁶ Gran parte de las confusiones sobre este tema radican en las dificultades relativas a la traducción de las alocuciones alemanas que Freud utilizaba para referirse a lo existente: *Realität* y *Wirklichkeit*.

¹⁷ Rasgo que se funda no sólo en lo que Brentano supo contornear con su noción de “intencionalidad” (la referencia representacional de todo contenido mental), sino también en la idea de *disposición*: un motivo es causa de acciones, es decir movimientos orientados a un fin. Esta noción de motivo nos parece similar a la utilizada por Freud en la descripción del circuito de la pulsión: allí se conjugan ambos elementos (objeto y finalidad).

¹⁸ Convendría especificar que en nuestro ámbito psicoanalítico, una acción es también (o fundamentalmente) un acto alocutivo. De eso se ocupó Freud desde sus inicios: no de síntomas o sueños sino de sus *relatos*.

¹⁹ No debemos olvidar que Freud comenzó esbozando teorías sexuales infantiles que luego devinieron teorías psicoanalíticas. Este hecho, que nos parece un desacierto, nos da como resultado dos formalizaciones posibles: si las teorías sexuales infantiles son reglas singulares, entonces sí podría intervenir el silogismo práctico; pero si las teorías sexuales son leyes universales, entonces el modelo de su formalización debería ser nomológico-subsuntivo.

²⁰ Considerando con Samaja (2002) que el procedimiento abductivo se basa en el uso de la analogía, quizás podamos ampliar la prescripción freudiana de analizarse para poder analizar: no sólo porque así alguien “adquiere las convicciones que después lo guiarán como analista” (Freud, [1926] 2002: 186), sino también porque así se apodera del funcionamiento del autoengaño; contexto que luego utilizará (analogía mediante) para abducir las reglas que le permitan explicar los fenómenos que se disponga a analizar en otro.

²¹ Esto no significa que el proceder de Freud se ajuste a las ingenuas prescripciones de Popper, sino apenas una ratificación (ahora por la vía del método) de su filiación al criticismo. Esta lectura del método freudiano fue desarrollada en nuestro medio por Klimovsky y Etchegoyen (*op. cit.*), entre otros.

²² Cabe señalar que algunos empiristas lógicos, al evolucionar su teoría correspondentista de la verdad hacia una forma de coherentismo, ya habían hecho ese pasaje al convencionalismo (cf. Hempel, [1935] 1997). Pero una cosa han sido las ideas del Empirismo Lógico y otra cosa (por desgracia muy distinta la mayor parte de las veces) las ideas estereotipadas y caricaturizadas que se han hecho de él.

²³ Incluso antes de que la concepción estándar de la ciencia se consolide, Pierre Duhem había argumentado a favor del holismo epistémico: “El físico no puede nunca someter al control de la experiencia una hipótesis aislada, solamente todo un conjunto de hipótesis. Cuando la experiencia está en desacuerdo con sus previsiones, ella le enseña que al menos una de las hipótesis que constituyen el

conjunto es inaceptable y debe ser modificada, pero no indica cuál debe ser cambiada” (Duhem, 1906). Tesis posteriormente retomada por Willard Von Orman Quine.

²⁴ Tanto Friedrich Schleiermacher ([1813] 2000) como Wilhelm Dilthey ([1883] 1949) propugnaron la necesidad de desprenderse de la propia subjetividad para implementar el método hermenéutico.

²⁵ Dicotomía que se acompaña de otras no menos problemáticas: naturaleza-cultura, mente-cuerpo, racional-emocional, verdadero-falso, ciencia-pseudociencia, etc.

²⁶ Aquí sólo mencionaremos la conjetura de que la concepción pragmatista clásica de la verdad puede encontrarse en Freud, junto a otras suposiciones correspondentistas y coherentistas (cf. Azcona, 2013c).

²⁷ Convendría reafirmar este argumento abduciendo (desde la mecánica cuántica) cierto “principio de incertidumbre” para determinados referentes de lo humano: siempre que se pretende conocer la *significación*, su resultado es una alteración de la misma por el efecto de las maniobras dialógicas de los dispositivos humanos (rememoración, verbalización, retroacción). En psicoanálisis es necesario admitir que la *forma de ser* de lo que se pretende conocer (sentidos inconcientes) depende del acto mismo de conocimiento; y es por ello que incluso esas entidades que revelan mayor fijeza (identidad, compulsión de la repetición, etc.) también revelan modificaciones a través “del tiempo”.

Referencias bibliográficas

Assoun, P. L. (1982) *Introducción a la epistemología freudiana*. México: Siglo veintiuno.

Azcona, M. (2013a). “El contexto onto-epistemológico de las investigaciones científicas”; en Sánchez Vázquez, M.J. (Coord.) *Investigar en Ciencias Humanas. Reflexiones epistemológicas, metodológicas y éticas aplicadas a la Psicología*. La Plata: Editorial de la Universidad Nacional de La Plata.

Azcona, M. (2013b). “Epistemología y Psicoanálisis: una lectura sobre la concepción freudiana de la realidad”, en *Revista de Psicología Segunda Época*, n° 13, La Plata: EDULP.

Azcona, M. (2013c). “Suposiciones freudianas sobre la noción de verdad”, trabajo aprobado para ser presentado en el V Congreso internacional de investigación y práctica profesional en Psicología. Buenos Aires: Facultad de Psicología de la U.B.A

Blatt, S.J. & Auerbach, J.S. (2003). Psychodynamic measures of therapeutic change. *Psychoanalytic Inquiry* 23:268-307.

- Bornstein, R.F (2001). "The impending death of psychoanalysis". *Psychoanalytic Psychology* 18:3-20.
- Bornstein, R.F (2005). "Reconnecting psychoanalysis to mainstream psychology. Challenges and opportunities". *Psychoanalytic Psychology* 22:323-340.
- Bridgman, P.W. (1938) "Operational Analysis", en *Philosophy of Science*, 5, 1938, 114-131.
- Bunge, M. (1985). *Seudociencia e ideología*. Madrid: Alianza.
- Castilla del Pino, C. (1972) *Introducción a la hermenéutica del lenguaje*. Barcelona: Península.
- Cioffi, F. (1970) "Freud y la idea de pseudociencia", en Borger, R & Cioffi, F.: *La explicación en las ciencias de la conducta*. Madrid: Alianza.
- Comte, A. ([1844] 1980) *Discurso sobre el espíritu positivo*. Barcelona: Orbis.
- Dilthey, W. ([1883] 1949) *Introducción a las ciencias del espíritu. En la que se trata de fundamentar el estudio de la sociedad y de la historia*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Duhem, P. (1906) *La théorie physique. Son objet et sa structure*. Paris: Chevalier et Rivière.
- Etchegoyen, H. (1986) *Los fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Eysenck, H. J. ([1985] 2004) *Decadencia y caída del imperio freudiano*. Buenos Aires.
- Url:http://www.laeditorialvirtual.com.ar/pages/Eysenck/EysenckFreud_01.htm
- Føllesdal, D.(1979)."Hermeneutics and the hypothetico- deductive method". *Dialectica*,33 (34), 319-336.
- Fonagy P, Kächele H, Krause R, Jones E, & Perron R (1999) *An open door review of outcome studies in psychoanalysis. Report prepared by the research committee of the IPA at the request of the president*. London: University College London.
- Fonagy, P. (2003). "Genética, psicopatología evolutiva y teoría psicoanalítica: el argumento para terminar con nuestro (no tan) espléndido aislamiento". *Aperturas psicoanalíticas: Revista de psicoanálisis*, (15), 2.

- Freud, S. ([1900] 2002) "La interpretación de los sueños", en *Obras Completas*, tomo IV; Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1913] 2002) "El interés por el psicoanálisis", en *Obras Completas*, tomo XIII; Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1916] 2002) "Conferencias de introducción al psicoanálisis", en *Obras Completas*, tomo XV; Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1917] 2002) "Conferencias de introducción al psicoanálisis. Parte III", en *Obras Completas*, tomo XVI. Bs. As.: Amorrortu.
- Freud, S. ([1925] 2002) "Presentación autobiográfica", en *Obras Completas*, tomo XX; Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1926] 2002) "¿Pueden los legos ejercer el psicoanálisis? Diálogos con un juez imparcial", en *Obras Completas*, tomo XX; Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. ([1937] 2002) "Construcciones en el análisis", en *Obras Completas*, tomo XXIII; Buenos Aires: Amorrortu.
- Gadamer, H. G. ([1960] 1977) *Verdad y Método*, Salamanca: Sígueme.
- Green, A. (1995). *La causalidad psíquica: Entre naturaleza y cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Green, A. (1996). "¿Qué tipo de investigación para el psicoanálisis?", en *Newsletter*, 5(1).
- Grünbaum A (1984). *The foundations of psychoanalysis*. Berkeley: Univ. Calif. Press.
- Jauss, H. R. ([1979] 1981) "Estética de la recepción y comunicación literaria". *Punto de Vista*, 12, 34-40 (traducción de Beatriz Sarlo).
- Hempel, C. G. ([1935] 1997) "La teoría de la verdad de los positivistas lógicos"; en Nicolás, J. A. & Frápoli, M. J. *Teorías de la verdad en el siglo XX*, Madrid: Técnos.
- Hempel, C. & Oppenheim, P. (1948). "Studies in the Logic of Explanation". *Philosophy of Science*, 15, 135-175.
- Hempel C. G. ([1966] 1999) *Filosofía de la ciencia natural*. Madrid: Alianza.
- Klimovsky, G. (2009) *Epistemología y psicoanálisis*. Buenos Aires: Ediciones Biebel.

- Klimovsky, G. (1986) "Aspectos epistemológicos de la interpretación psicoanalítica"; en Etchegoyen, R. H. *Fundamentos de la técnica psicoanalítica*. Bs. As.: Amorrortu.
- Kolteniuk, M. ([1976] 1981). *En torno al carácter científico del psicoanálisis*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Korzybski, A. (1994 [1933]). *Science and Sanity: An Introduction to Non-Aristotelian Systems and General Semantics*. USA: Institute of General Semantics.
- Kuhn, T. S. ([1962] 1995). *La estructura de las revoluciones científicas*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Lahitte, H. B., Oria, V. M. O., & Ruiz, A. B. (1994). *Matriz relacional de los procesos cognitivos: nuevos paradigmas*. Salamanca: Amarú.
- Lahitte, H. B. (1995). *Epistemología y Cognición*. Salamanca: Universidad de Salamanca.
- Lahitte, H. B. & Hurrell, J. (1999). *Sobre la Integración de las Ciencias Naturales y Humanas*. La Plata: L.O.L.A.
- Lahitte, H. B. & Azcona, M. (2012). "La realidad en Freud. Apuntes para una dilucidación metateórica"; en *Verba Volant. Revista de Filosofía y Psicoanálisis*, Año 2, No. 2, pp. 33-50. Universidad de Ciencias Empresariales y Sociales.
- Lakatos, I. ([1978] 1989) *La metodología de los programas de investigación científica*. Madrid: Alianza (1989).
- Laudan, L. ([1977] 1986). *El progreso y sus problemas*. Madrid: Encuentro.
- Laplanche, J. (2001) *Entre seducción e inspiración: el hombre*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Madison, P. (1961) *Freud's Concept of Repression and Defense. Its Theoretical and Observational Language*. Minneapolis: Minnesota University Press.
- Marradi, A.; Archenti, N. y Piovani, J.I. (2007). *Metodología de las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Emecé.
- Mill, J. S. ([1843] 1853) *Sistema de la lógica demostrativa e inductiva: o sea, exposición comparada de los principios de evidencia y los métodos de investigación científica*. Madrid: Rivadeneyra.

Querencia. Revista de Psicoanálisis. ISSN 1688-0129 Nro. 15, Octubre-2013

- Nagel, E. (1959). Methodological issues in psychoanalytic theory. En: S. Hook (ed.). *Psychoanalysis, Scientific Method and Philosophy* (simposio). Washington Square: New York University Press, pp. 38-56.
- Outhwaite, W. (1987) *New philosophies of Social Science: realism, hermeneutics and critical theory*. Basingstoke: Macmillan.
- Peterfreund, E. y Schwartz, J.T. ([1971] 1976) *Información, sistemas y psicoanálisis*. México: Siglo XXI.
- Popper, K. ([1934] 1985). *La lógica de la investigación científica*. Buenos Aires: Tecnos.
- Popper, K. ([1963] 1983). *Conjeturas y refutaciones. El desarrollo del conocimiento científico*. Buenos Aires: Paidós.
- Popper, K. (1972) *Conocimiento Objetivo. Un enfoque evolucionista*. Madrid: Tecnos (1974).
- Putnam, H. (1962) "What theories are not" en Nagel, E., Suppes, P. & Tarski, A. (eds.) *Logic, Methodology and Philosophy of Science: Proceedings of the 1960 International Congress*. Stanford University Press: Stanford (pp. 240-252).
- Rapaport, D. ([1960] 1971) *La estructura de la teoría psicoanalítica*. Buenos Aires: Paidós.
- Ricœur, P. ([1965] 2007). *Freud: una interpretación de la cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Ricœur, P. ([1984] 1995) *Tiempo y narración*. Vol. I, II y III. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Samaja, J. (2002). "Aspectos lógico-epistemológicos", en Dei, H. D. *Pensar y hacer en investigación*. Buenos aires: Docencia.
- Schleiermacher, F. ([1813] 2000). *Sobre los diferentes métodos de traducir*. Madrid: Gredos.
- Shedler, J. (2002). "A new language for psychoanalytic diagnosis". *Journal of the American Psychoanalytic Association* 50:429-456.
- Snow, C. P. ([1959] 2000). *Las dos culturas*. México D. F.: UNAM.
- Sullivan, H.S. (1953) *The Interpersonal Theory of Psychiatry*. New York: Norton.

Suppe, F. ([1974] 1979). *La estructura de las teorías científicas*. Madrid: Editora Nacional.

Wallerstein, R. (1993). "Psychoanalysis as science: Challenges to the data of psychoanalytic research". En: N.E. Miller, L. Luborsky, J.P. Barber & J.P. Docherty (eds.) *Psychodynamic treatment research*. New York: Basic Books, pp.98-106.

Wallerstein, R. (2000). "Psychoanalytic research: Where do we disagree?", en *Clinical and Observational Research: Roots of a Controversy*, ed. J. Sandler, A.-M. Sandler, & R. Davies. London: Karnac Books, pp. 27-31.

Wallerstein, R. (2005) "¿Diálogo o ilusión? ¿Y cómo seguimos a partir de aquí? Respuesta a André Green". En *Rev Psicoanálisis APdeBA*, vol. XXVIII, n° 3 (2006).

Westen, D. (1998). "The scientific legacy of Sigmund Freud: Toward a psychodynamically informed psychological science". *Psychological Bulletin* 124:333-371.

Winch, P. ([1958] 1972) *Ciencia social y Filosofía*. Buenos Aires: Amorrortu.

Wisdom, J. ([1967] 1969) "Puesta a prueba de una interpretación en el curso de una sesión", *Revista de psicoanálisis*, 1969, XXVI, (2), 403-423.

Wittgenstein, L. ([1953] 2002) *Investigaciones filosóficas*. Barcelona: Crítica.

Von Wright, G. H. ([1971] 1979) *Explicación y comprensión*. Madrid: Alianza.